

## LO QUE PODRÍA SER

EL

# INSTITUTO DE LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS EN LA SORBONA

---

En el mes de mayo último se fundó en Buenos Aires el Instituto de la Universidad de París. Obra de intercambio intelectual franco-argentino, el Instituto se propone solicitar el concurso de los profesores de más nombradía de la Sorbona y de las grandes universidades francesas, a fin de que vengan a Buenos Aires y otros centros universitarios argentinos, para exponer el resultado de sus trabajos, y al mismo tiempo enterar a los estudiantes argentinos de los nuevos métodos franceses.

El Instituto tiene por recíproco el Instituto de las universidades argentinas en la Sorbona. Su necesidad científica ha sido afirmada por el artículo 1° de los estatutos, pero su constitución no ha sido aún realizada. Queremos dar aquí nuestras ideas personales sobre esta cuestión sin que ello signifique compromiso alguno para la universidad de París, ni para el comité del Instituto de Buenos Aires.

Se las considerará, pues, meramente como reflexiones de un americanista de espíritu y de corazón.

Se había pensado organizar los dos institutos conjuntamente. Profesores argentinos habrían dictado cátedras en la Sorbona al igual que los profesores franceses que ya las dictan en Buenos Aires. La idea no era absurda. Hemos guardado excelente recuerdo en París de los cursos dictados por el doctor Antonio Dellepiane en la Facultad de letras, sobre el tema: « La idea de

progreso », y por el doctor Ángel Gallardo, quien expuso en la Facultad de ciencias una « Teoría de la célula ». Argentinos han hablado en París con gran éxito. Recordaremos tan sólo los nombres de Pablo Groussac (un buen francés y un gran argentino) y Leopoldo Lugones, una de las más esclarecidas inteligencias de estos tiempos.

Mas estos maestros no han dado sino un número limitado de conferencias y en ellas se expresaron en francés. No es cosa cierta que al haber dictado verdaderos cursos (digamos dos conferencias semanales durante tres meses), y al haberlo hecho en castellano, hubiesen hallado un verdadero auditorio de estudiantes y profesores.

El problema es, pues, el siguiente: Hacerse de un público ávido de oír hablar de asuntos y cosas americanas, público ya bastante al corriente de estas cuestiones para que pueda aprovechar ventajosamente de dicha elevada enseñanza que darían los especialistas americanos.

Ello, en suma, significa crear un movimiento americanista en la Universidad.

Se intentaron los primeros esfuerzos y se progresó más de prisa que lo que fuera dado esperar.

Los estudiantes de castellano que rodean al doctor Marti-  
nenche, jefe de la sección española de la Sorbona, descubren la América. Los maestros que han pasado por el Instituto de Buenos Aires hacen al rededor de aquéllos buena propaganda. Jorge Dumas milita ya desde varios años. Gustavo Fougères y Levy Brühl han prometido propagar y llamar a cooperación entre arqueólogos y filósofos.

Los centros nniversitarios aprovechan ya de los trabajos de dos jóvenes maestros de gran talento. El geógrafo Pedro Denis (que recorrió las dos Américas y vivió dos años en Buenos Aires) que escribe estudios notables en *La revista de París*, *Los Anales de geografía*, *La vida de los pueblos*, *La revista de la América latina* etc. Su tesis sobre *La República Argentina* y su libro sobre el Brasil sientan autoridad indiscutible.

Matilde Pomès, filóloga y ensayista, presentó informes que han sido muy notados. Llegada a América luego de haber vi-

vido por largos años en esa España que ama como a una segunda patria y de la cual ha estudiado con inteligente simpatía su literatura, es, entre las jóvenes universitarias, una de las apóstoles más respetadas y de más autoridad, de esa tendencia hacia el acercamiento intelectual entre los pueblos latinos.

Esa simpatía es nueva en su forma actual. No está inspirada por ningún motivo político o económico; motivos ciertamente respetables, pero que el hombre de estudio se rehusa a conocer.

Ese americanismo está hecho de curiosidad científica, de afecto espontáneo, y de un profundo sentimiento de unidad de la raza latina.

Después de esta guerra en la cual chocaron dos culturas, la germánica y la latina, quedamos aún temerosos a pesar de la victoria. ¡ Si la brillante antorcha del genio latino iba a ser oscurecida! ¡ Si un día todo ese gran patrimonio intelectual y artístico iba a ser dispersado o, peor aún, asimilado por pueblos más numerosos y más prolíficos!

Queremos, pues, en un gran rasgo de fraternidad, poner en comunidad cuanto tenemos los latinos del viejo mundo: la gloria de todo un pasado, la plenitud espiritual del presente, y lo que tenéis vosotros los latinos del nuevo mundo: el vigor siempre triunfante de la juventud, el porvenir que se os abre sobre tierras inmensas y fértiles!

He aquí el por qué del despertar científico. Continuas noticias nos traen pruebas que se robustecen por la consideración de ese profundo sentimiento: fundación de cátedras, desarrollo del estudio del castellano, páginas en los diarios periódicamente consagradas a las cosas de América, innumerables artículos en revistas, viajes cada vez más frecuentes a pesar del poderoso inconveniente de la desvalorización de la moneda francesa, etc.

Estamos, pues, al término de nuestra obra. Posiblemente dentro de pocos meses tendrán los maestros americanos un público capaz de comprenderlos, de sostenerlos y alentarlos con su juvenil entusiasmo. Tendremos en la Sorbona bellos anfiteatros repletos de estudiantes; tendremos también un público nume-

roso en la Escuela de ciencias sociales, en las universidades de Tolosa y Burdeos, agrupando estudiantes a su rededor y la multitud siempre tan nutrida de hombres instruídos, ávidos de más amplia cultura.

Mas no hay que aguardar a que esa educación se haya efectuado. Hay que abreviarla dando o facilitando a los estudiantes las obras indispensables. Hay que abocarse a la tarea de traducción de las obras más esenciales o mejor aún, reducir las a claros, cortos, a concisos manuales acompañados de una buena bibliografía.

Quisiera que se tomara de la *Historia de la literatura Argentina*, de Ricardo Rojas, el libro de 300 páginas esperado con ansias por nuestro público letrado, quisiera que se publicara una breve y substanciosa reseña de la historia argentina, una geografía concebida según el riguroso plano de nuestros modernos métodos científicos e inteligentemente ilustrada, un tratado de filología de la lengua americana que se está constituyendo...

Terminada esa tarea preparatoria, se podrá entonces hacer leer los grandes obras antiguas y modernas. Los sabios podrán venir a exponer las conclusiones de sus estudios y serán comprendidos y seguidos.

Tal es la obra presente. En ella trabajan hombres de buena voluntad. El porvenir cercano hablará sobre su valor.

RAIMUNDO RONZE,

Profesor agregado de la Universidad  
(Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires).